

LA SEMANA.

LECTURA DE LAS FAMILIAS,

NUEVA PUBLICACION EN ESPAÑA. — UNA ENTREGA CADA DOMINGO.

ENTREGA 2ª.

Es propiedad.

SE SUSCRIBE EN BARCELONA

En la librería de J. VERDAGUER, Rambla frente al Liceo. — SALA hermanos, calle de la Union. — SUBIRANA, plaza de la Constitución. — OLIVERES, calle Ancha y Fustería. — MANERO, frente al teatro Principal, nº 7. — GINESTA, calle de D. Jaime I. — CERDÁ, plaza del Angel. — GARCIA, calle de la fuente de San Miguel.

Toda la correspondencia se dirigirá franca, á los Señores FONT y BLANCH, en la Librería de Joaquín Verdagué, Rambla, n.º 5, Barcelona.

PRECIO.

En BARCELONA, por 4 entregas

llevadas á domicilio 2 rs.

En las Provincias, por id. 3 rs.

Cada Entrega suelta 6 cuartos.



Padre mio, malo es el agüero cuando hay sangre en el dinero. (Pág. 10, col. 1ª.)

SUMARIO.

LEYENDA: La Campana del Mercader, por M. A. THEVENOT. (de la Creuse). — **NOVELAS: La Giralda ó una conspiración de treinta horas en Sevilla**, por M. AMADEO DE BAST. — **VIAJES: Diario de una Institutora en Rusia**, por la Señorita MARIA NÉVILLE. — **VARIEDADES: Ciudadanos Honrados**, por V. — **PAPAS ESPAÑOLAS: San Dámaso**, por V. — **Máximas**.

LA CAMPANA DEL MERCADER.

(LEYENDA.)

POR M. A. THEVENOT.

Era el domingo de Cuasimodo del año 1377. Hacia una hermosa tarde de primavera, y maese Jaime Gauthier, hijo del corregidor de la buena ciudad de París, viajaba alegremente en una blanca yegua normanda de mucha alzada y de mejor estampa. Dirigiase maese Gauthier con una maleta llena de dinero á la feria de Argentan para comprar cierta cantidad de los hermosos encajes llamados de *punto de Argentan*, pues era el encargado de suministrar aquel artículo á la corte del rey Carlos V.

Acercábase la noche á mas andar, y Gauthier no había traspuesto todavía los límites del Perche, de suerte

que todavía le faltaban cuatro ó cinco leguas para llegar á Argentan.

Mientras estaba examinando el terreno para dar con el atajo, reparó Gauthier en un campesino normando que estaba escamondando los manzanos á la vera del camino, apesar de la ley eclesiástica que prohíbe trabajar en domingo, y se detuvo para decirle:

— Ea, villano, ¿se puede atravesar el bosque de Gouferne por la izquierda?

— Lo mismo por la izquierda que por la derecha, con tal que primeramente se celebre una novena en honor de la Virgen, respondió el campesino.

Gauthier espoleó fuertemente á la yegua, que en consecuencia echó á correr á galope.

Nada de supersticioso tenía Gauthier, y por consiguiente se dirigió al bosque sin vacilar. Llevado de las poéticas impresiones que producía en su ánimo aquella noche de primavera, estasiábase Gauthier á la suave armonía del cielo y de la tierra, y se sentía dominado por una idea muy halagüeña, pues había contraído esponsales con la hermosa Juana de Beaumont, hija única de un presidente del parlamento de París, y á su regreso de la feria de Cuasimodo debía celebrarse el casamiento.

Llegó finalmente Gauthier á la espesura del bosque; mas habiendo percibido á pocos pasos de distancia una especie de sombra mujeril desgredada, medio desnuda

y al parecer fugitiva, se santiguó apresuradamente, y echó á correr á galope.

Aunque había contado con salir del bosque de Gouferne en media hora, hacia mas de una que le estaba cruzando, como si efectivamente el diablo le hubiese tomado por su cuenta. Recordaba con este motivo las palabras del campesino normando, y su imaginación andaba mas veloz que la yegua, cuando de repente desapareció la blanca sombra femenil en un grupo de tiernas hayas. Detuvóse Gauthier procurando reprimir el aliento; palpitábase el corazón con violencia, y experimentaba cierto sentimiento de miedo y de curiosidad. En seguida se puso á escuchar atentamente, creyó oír algunas palabras en castellano, y no siéndole del todo desconocido este idioma, porque había militado con Duguesclin en España en tiempo de las guerras del duque de Trastámara, le pareció que decían: «Nuestro es el tercer mercader de París; la tribu de Isacar pagará los esponsales del hijo de Iram...»

Algun hecho extraordinario estaba ocurriendo sin duda en la especie de gruta de donde salían aquellas palabras. Había tres hombres de color trigueño que estaban agachados en torno de una hoguera y atizando la llama con yerbas olorosas: su fisonomía tenía una expresión oriental, y de sus cinturones pendían unos puñales guarnecidos en el mango con piedras preciosas, que reflejaban la pálida luz de la hoguera.

Apenas hubo entrado en la gruta la muchacha, y pronunciado las palabras de cuyo sentido había creído Gauthier hacerse cargo, — pues la sombra que había visto el hijo del corregidor era en realidad una joven de blanca tez y bien parecida, — levantáronse los tres hombres indicados, llevaron la mano á sus cinturones para cerciorarse de la seguridad de sus puñales, y se aprestaron á salir haciendo una seña á la muchacha. Allogóse esta á uno de ellos, inclinó su flexible tallo, recibió un beso en la frente, pronunciando en voz baja estas palabras: «Padre mío, malo es el agüero cuando hay sangre en el dinero,» y esto diciendo desapareció en el fondo de la gruta, mientras salían de ella los tres individuos.

Ocurrieron estos hechos con mucha rapidez. Sobrecogido de espanto al oír las últimas palabras, Gauthier hizo retroceder á su cabalgadura, pero la suma oscuridad de la noche concluyó por abarrrarle en la maleza.

Eran las nueve, con corta diferencia.

Mas le valiera sin duda al antiguo compañero de Duguesclin hallarse en un campo de batalla, que estraviarse de noche en el bosque de Goufèrne y verse rodeado de asesinos, pues ni acertaba á reconocer el sitio donde estaba, ni tenía medio alguno para averiguarlo. Calculando que sus perseguidores no se proponían quitarle la vida, sino el dinero, concibió la idea de abandonarles la maleta si llegaban á ponerle en el estrecho, y aunque espoleando á su normanda salvó en un instante un trecho de trescientos pasos, y se halló en un sendero trillado, ni sabía adonde se dirigía este sendero, ni podía dar con un indicio que le llevase á Argentan...

Dominado por la desesperación mas violenta, el pobre Jaime Gauthier hizo voto de consagrar una suma de mucha importancia á la iglesia de San German de Argentan si llegaba á escapar de los asesinos que iban á alcanzarle... y apenas hubo formado el voto, oyó á lo lejos una campana. Eran las campanadas del convento de Argentan para que los religiosos se retirasen á sus celdas.

Tranquilizado por este hecho, tomó el camino que parecía indicarle el ruido de la campana, y en pocos minutos se vió fuera del bosque y á breve distancia de la aldea de Silly. Recobróse del pasado susto, y aunque podía detenerse para pedir asilo al castellano del lugar, prefirió ir su camino, porque solo distaba ya media hora de Argentan, adonde llegó por fin á eso de las diez menos cuarto.

La plaza pública, situada en las cercanías del castillo, estaba cuajada de titiriteros; la ciudad presentaba el aspecto mas alegre, y los buenos habitantes disfrutaban de los espectáculos que se les ofrecían gratuitamente. Maese Jaime Gauthier se hizo acompañar á la posada del Punto de Francia; mas en el acto mismo de llegar á ella, la hermosa yegua normanda cayó muerta en el suelo, y el viajero fué alojado en un aposento, donde le estuvieron velando dos médicos toda la noche.

Al otro día se celebró la feria con mucha animación. Hacía un tiempo magnífico de primavera: los cucajes de Argentan se vendían á precios exorbitantes, y entre los comerciantes de París se echaba de menos á dos que no habían llegado todavía, no obstante haberse puesto en camino antes que Gauthier.

Este tuvo un principio de congestión cerebral, pero después de haber recibido una sangría, se halló en estado de hacer sus compras, y habiéndose proporcionado otra caballería salió de Argentan en compañía de otros mercaderes.

Pocos meses después Gauthier celebró su casamiento con la hermosa Juana de Beaumont, y deseando cumplir el consabido voto, llamó á algunos maestros campaneros de Lorena, á quienes encargó la fundición de una campana de 3.500 libras de peso. Esta campana fué bendecida en 5 de mayo de 1378 en la ciudad de Alençon, condesa de Alençon, de Etampes y del Perche, siendo padrino el obispo de Séz. Día de piedad y de fiesta fué el de la bendición, pero desgraciadamente debió terminar con un suplicio.

Había una supuesta gitana que habiendo caído en poder de las cuadrillas de la santa hermandad fué condenada por brujía á ser quemada viva. La hoguera estaba ya dispuesta para el sacrificio, y aunque la joven esposa de Gauthier no quería presenciar aquel auto de fé, la condesa María de España le rogó que quedase en el castillo, siquiera por algunos instantes, para ver pasar á la brujía.

Cuando la rea pasó debajo de las ventanas del castillo, asomóse Gauthier para contemplar sus facciones, mas en el acto mismo de verla se puso pálido y se retiró diciendo en voz baja á su esposa Juana: «¡Gran Dios! es la muchacha del bosque.» Lanzó Juana un grito al asomarse, y arrojándose de rodillas á los pies de María de España exclamó: «Perdonadla, perdonadla;» mas aunque María de España no podía hacerse cargo del zelo con

que la esposa de Gauthier se interesaba por aquella mujer, ni podía tampoco perdonarla, porque este derecho era una prerrogativa exclusiva del rey, al menos podía suspender la ejecución de la sentencia. María de España era naturalmente bondadosa y de una piedad ilustrada, y habiendo secundado Gauthier los esfuerzos de su mujer para impetrar la misericordia de la condesa, enterrecióse esta, merced á la confianza que le inspiraban los dos esposos, y mandó que se suspendiera el sacrificio.

Por la noche Gauthier obtuvo el permiso de entrar con Juana en el calabozo de la hechicera, y á las primeras palabras que le dirigió en castellano, levantó esta la cabeza y respondió:

— Aunque me habeis salvado de la muerte, ó por lo menos diferido mi suplicio, no quiero daros las gracias, porque yo estaba preparada ya para el sacrificio. Soy descendiente de una raza proscrita y maldicida por los hombres del occidente, pero Dios es grande y Mahoma es su profeta.

— ¿No me reconocéis? preguntó de nuevo Gauthier. Miróle la hechicera por algunos instantes, y luego hizo una seña con la cabeza para darle á entender que no recordaba haberle visto.

— ¿No recordais lo que pasó la noche del domingo de Cuasimodo en el bosque de Goufèrne?

— ¡Triste noche por cierto! Dos mercaderes fueron robados y asesinados; mas el tercero pudo salvarse.

— Pues ese tercero soy yo.

— ¡Qué oigo!... Pero ¿porqué no habeis encendido la hoguera que debía devorarme?

— Porque nuestro Evangelio prescribe la fé, la humanidad, el perdón y la misericordia, y ¿acaso no están consignadas también en el Alcorán estas sublimes virtudes?

Juana tomó la mano de la muchacha, porque Gauthier le dió á entender que le estaba hablando de religion. Durante la conferencia, que fué bastante larga, la presa derramó copiosas lágrimas, refirió su vida nómada, y en el acto de despedirse de sus interlocutores empezaba ya á penetrar en su alma una luz nueva, la luz del cristiano.

Apenas hubieron regresado á París, Gauthier y Juana imploraron y obtuvieron el perdón de la joven morisca. Pocos años después había en el hospital de leprosos de Alençon una hermana de caridad, conocida con el nombre de Santa Maura, y única que tenía el privilegio de mitigar las dolencias de las víctimas de aquella cruel enfermedad que los cruzados trajeron del oriente y que á la sazón empezaba á propagarse por toda la Francia.

La campana bautizada en Alençon en 5 de mayo de 1378 fué trasportada á Argentan, donde dieron en llamarla *La campana del mercader*. Al regalar esta campana, ó por mejor decir, al cumplir religiosamente su voto, Gauthier exigió que se la colocara en una torre de la iglesia de San German, y quiso que la víspera de todas las ferias que se celebrasen en el pueblo, la tocasen por espacio de muchas horas consecutivas al caer de la tarde, para indicar la dirección de Argentan á los viajeros extraviados. En 1731 fué refundida y aumentada en 1.500 libras, de suerte que en la actualidad pesa 5.000.

Cuando la Francia revolucionaria mandó fundir las campanas y convertir el sagrado metal en cañones de bronce para la defensa de la patria, la campana del mercader, cuyo origen era tan popular, fué respetada como debía serlo. En nuestros días continua destinada al mismo uso que en los pasados siglos, y se la tañe siempre en la víspera de las ferias como en las fiestas solemnes que la ciudad celebra.

LA GIRALDA

6

UNA CONSPIRACION DE TREINTA HORAS EN SEVILLA.

por M. AMADEO DE BAST.

III.

La Giralda.

D. Luis de Almeida, precedido por su guía, subió la escalera interior que conduce á la cumbre de aquella famosa torre, cuyo nombre popular es debido á la maravillosa aguja que con tanta arrogancia y majestad se encumbra desde su inimitable cúpula (1). No bien habían subido la tercera parte

(1) La torre de la catedral de Sevilla tiene 258 pies de altura, y la aguja 350. La cúpula está superada de una figura colosal de bronce dorado que representa la Fé, y apesar de su peso enorme, la Giralda da vueltas al menor soplo de viento como una veleta giratoria.

de la escalera, detúvose Baltasar á una portezuela de forma muy parecida á la de una concha de tortuga, y dijo en voz baja:

— Este es el cuarto de mi hija, caballero. Está situado á noventa pies de altura solamente, pero yo quise tenerla lo mas cerca posible del mío, que solo cuenta cien pies de mayor elevación.

— Paréceme, según habláis, Baltasar, dijo D. Luis, que teméis despertar á vuestra hija, y esta precaución os honra, porque prueba que sois buen padre.

— ¡Oh! Inesilla no duerme, que está en matines, replicó el judío, porque, por mas que se diga, somos verdaderos católicos, y mi Inesilla no dejara de asistir á los oficios diurnos y nocturnos, mas que le dieran todos los tesoros del templo de Salomón.

— Bien hecho, Baltasar, pues nadie debe cumplir tan escrupulosamente con los preceptos de la religion como los que reconocen en la iglesia la gruta del profeta Ezequiel, el pan de Elías y el vino reparador de las bodas de Caná.

— Precisamente, caballero, dijo el judío torciendo el gesto para travestir la repugnancia que le causaba la igualdad establecida entre las bodas de Caná y los milagros de la ley antigua.

— Y ¿también teneis un hijo? preguntó D. Luis.

— Si señor, un pobre muchacho que á veces se vé, como Saul, abandonado del espíritu de Dios. ¡Ah! es un muchacho muy frágil el pobre; es una caña, ó por mejor decir, una rama quebrantada por el viento de Egipto, y por esto le dejo en libertad de hacer cuanto quiera, porque la disciplina no se hizo para los polvos de espíritu. Mi Benjamín va y viene, entra y sale, sube y baja como quiere; duerme donde se le antoja, porque no hace caso de las camas ni de las almohadas, y con harta frecuencia pasa las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio. Alguna vez empleo días enteros buscándole por este mundo de piedra en que vivimos; pero le quiero tanto, como que jamás acierto á reconvenirle.

— Sois un hombre cumplido, Baltasar: el interés que tomáis por vuestros hijos me da á conocer la escelencia de vuestro carácter. Por lo que á mí hace, espero que seamos buenos amigos, y que mi permanencia en este sitio me habrá deparado la satisfacción de conocer á un hombre de bien.

— V. me hace mucho favor, pero procuraré ser digno del aprecio con que se sirve honrarme.

— Entretanto, dijo D. Luis sacando del bolsillo de su peripante un puñado de doblones, aceptad esta cantidad en prenda del alojamiento que voy á ocupar.

Tendió el judío la mano haciendo una profunda cortesía á D. Luis, y metió el dinero sin contarle en la sórdida escarcela que llevaba, como todos los dependientes de la iglesia.

Habían llegado entretanto á la considerable altura donde hay una espaciosa azotea que separa la torre propiamente dicha de la aguja, ó por mejor decir, de la columna de piedra que conduce á la Giralda.

— Este es vuestro aposento, caballero, dijo el judío abriendo con cómica simetría la puerta de un aposento, ó sea, de un nido que estaba situado en un ángulo exterior de la azotea, y que observado desde la calle parecía del tamaño de un hueso de paloma.

Saltó ligeramente D. Luis en aquella jaula, desde la que podía verse á los transeúntes que pasaban por la plaza de la catedral y que desde una altura tan enorme parecían hormigas.

— Está V. á trescientos pies de altura, dijo Baltasar lamiéndose los secos y descoloridos labios; es uno de los mejores cuartos que tengo, y aun el mejor, de suerte que no sin razón se le llama la *Perla*. Disfrutará V. de una perspectiva magnífica, y la pureza del aire le dará buen apetito. Ahora, caballero, sin duda tiene V. gana de dormir; por lo que buenas noches. Le recomiendo á V.

á todos los santos protectores de esta basilica y de la España entera.

Y en el acto de retirarse, Baltasar echó dos vueltas á la llave, pero D. Luis se apresuró á decirle...

— ¿Qué haceis, Baltasar? ¿Queréis encerrarme?

— Si, respondió el judío aplicando la boca á una hendidura de la puerta; es una precaucion saludable que he tomado siempre, desde que un caballero que habia venido á refugiarse en esta torre se arrojó desde la Giralda en una noche muy serena, en un acceso de sonambulismo. Pero no hay porque temer, caballero, porque está V. en buenas manos, y en cuanto amanezca se verá V. libre de los cerrojos.

Resignóse D. Luis, y tomando una bugia amarilla que le habia dejado Baltasar, formó rápidamente el inventario de la apocalíptica vivienda que le deparaba la suerte.

La Perla, como llamaba Baltasar al celeste chiribitil, tenia unos seis piés de largo por cuatro de ancho; estaba construida enteramente con una porcion de vigas unidas por medio de grapas de hierro que la tenian suspendida en el aire; el tiempo habia aflojado los puntales poniendo elástico el herraje, de manera que cuando D. Luis andaba por aquel frágil tablado, crugian las vigas y se producía un vaiven semejante al balance de un navio. Había una ventana que daba al atrio y estaba guarnecida por una balaustrada de hierro cincelado, del tiempo de los últimos reyes moros, siendo por consiguiente inútil la precaucion que tomaba el judío contra los ataques de noctambulismo de sus inquilinos, y como que la ventana no era mucho mas alta que el antepecho de la azotea, con un poco de audacia y un mucho de sangre fria, bien podia el moderno estilista saltar de una zancada en aquel antepecho, desgastado por los siglos.

El ajuar de aquel aposento correspondía perfectamente al uso que de él solia hacer el judío convertido, pues consistía en una mala cama, una mesa, una silla y algunas estampas góticas que por lo menos eran del tiempo de Carlos V, que se estableció en Sevilla un grabador alemán llamado Schmüdler.

Sin embargo, además del poco caso que se hace de los objetos exteriores á los veinte y cinco años, D. Luis estaba fatigado de cuerpo y alma por las aventuras de aquella noche; por lo que dió de mano á sus investigaciones, se echó en la cama, y no tardó en conciliar aquel dulce sueño que los vates y profetas han considerado siempre como el constante y nocturno patrimonio de los inocentes y de los justos.

IV.

Una venganza satisfecha.

Despertóse D. Luis de Almeida cuando el sol habia recorrido ya el tercio de su carrera, y echando la vista en derredor, observó que Baltasar habia cumplido su promesa abriendo la puerta de la Perla. El sagaz gobernador de la torre habia colocado discretamente sobre la mesa una olla podrida casi intacta, una botella de vino de Jerez, un pan blanco y un pedazo de queso de cabra tan cándido como la leche de aquella famosa Amaltea que tuvo la rara fortuna de amamantar á un dios y de legar su nombre á la sibila mas ilustre de Cumas.

Comprendiendo el celador, á vista de la olla podrida y de la botella de Jerez, que su estómago tenia sobrada razon en desear alimento, pues es muy sabido que el aire puro da gana de comer, levantóse inmediatamente, se sentó á la mesa y celebró uno de los mejores almuerzos de su vida. En segunda salió del nido y echó á pasear por aquella encantada azotea, que para él era antessala, salon y jardin.

No es posible describir la magnífica perspectiva que se disfruta desde aquella azotea. Sevilla

entera aparece á los piés del observador con todo su esplendor y suntuosidad, aunque menoscabada por la distancia: la hermosa capital de Andalucía se presenta como una confusa amalgama de casitas que al parecer pudieran meterse en el bolsillo si hubiera un anzuelo bastante largo para cogerlas; el majestuoso Guadalquivir se desliza suavemente como una verdadera sierpe entre los naranjos, las rosas y los lirios de la pradera; agrúpanse, aunque en miniatura, las maravillas de la ciudad, flanqueada de doce puertas y ciento y sesenta torres; las cúpulas de los campanarios ofrecen un espectáculo admirable centelleando á los rayos del sol como otras tantas corazas de levitanes, y así el Alcázar como el acueducto romano y los suntuosos edificios modernos descollaban majestuosamente entre la niebla de esmeralda y ópalo que envuelve á Sevilla, justificando la famosa espresion española:

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

El caballero estilista contemplaba además á sus piés aquella catedral imponente y augusta, envanecida con las obras maestras que encierra en su dilatado recinto, pero ¿qué son todos sus monumentos funerarios de mármol y de jasper, los numerosos cañones de su gigantesco órgano, sus treinta y siete capillas, los mantos capitulares de muer y de brocado con que se revisten sus canónigos en las fiestas mas solemnes de la iglesia, sus albas de encaje y sus sobrepellices de batista, sus tabernáculos de lapizlázuli esmaltados de mármil y de oro, sus viriles recargados de carbunclos y piedras preciosas, sus cinco naves, todas sus maravillas arquitectónicas, todas sus riquezas y todos aquellos metales trabajados por los mas hábiles artistas en comparacion de los cuadros de los grandes maestros de la escuela española que adornan sus santuarios y sus naves y que dan nuevo realce al esplendor incomparable de todas aquellas opulencias canónicas? Cada uno de sus cien cuadros y de sus cien modelos vale, no ya un reino, sino una estrella del firmamento, porque el soplo del genio que los anima es el soplo del mismo Dios.

Encúbrase sobre una arcada notable la torre de la Giralda, y la Giralda misma, que da vueltas sin cesar hacia los cuatro puntos cardinales, como para anunciar á los hombres la fragilidad de su existencia en el seno mismo de la inmortalidad de la fé.

Echando la vista en el espacio desde aquel elevado punto, se descubre toda la inmensidad del horizonte, la Andalucía entera y todos los caminos convergentes que se dirigen á la ilustre ciudad.

D. Luis estaba enagenado: su alma, su corazon, sus ojos bogaban de concierto en aquellos espacios infinitos por donde cruzan continuamente los alados serafines para llevar las órdenes de Dios.

A buen seguro se hubiera prolongado su éstasis sino fuera por una voz clara y suave que le dijo al oído:

— Caballero ¿no me reconoce V.?

D. Luis alzó los ojos, y vió una muchacha de peregrina hermosura.

— ¿Con qué no me reconoce V.? dijo esta reiterando la pregunta.

— No por cierto, lo confieso, respondió D. Luis, pero sino miente vuestra belleza, debeis de ser la hija de Baltasar.

— Precisamente, caballero, pero ¿ya no se acuerda V. de la jóven que estando esta noche pasada en el Alcázar le aconsejó la fuga?

— ¡Calle! sois...

— La misma.

— Pero ¿cómo me dijo vuestro padre que estabais en maitines?

— Si, pero no en los maitines de la iglesia, sino del demonio y de la venganza, respondió la judía acompañando estas palabras con una amarga sonrisa.

— No alcanzo...

— Voy á ponerle á V. al corriente en dos palabras, replicó Inesilla; pero los momentos son muy preciosos, y sentiria muy mucho que mi padre nos sorprendiera; así lo mejor será que entremos en ese cuarto.

— Perdonad: no me atrevia á proponerlo.

— ¿Y porqué no? ¿porqué V. es jóven y yo tambien? Una halaja tengo en la liga, con la que me basta para que me respeten. Y luego ahora mismo acaba de penetrar mi hermano en ese cuarto, y á buen seguro está durmiendo.

Entraron los dos interlocutores en el aposento, y lo primero que vieron fué el idiota, que estaba echado en el suelo durmiendo profundamente.

D. Luis queria colocarle en la cama para que durmiese con mas comodidad, pero Inesilla le interrumpió diciendo:

— Deje, V. caballero; dejemos dormir á este pobre idiota; pues ¿quién sabe si está soñando que Dios se ha apiadado de él, y que posee el uso de la razon como los demás hombres!... Pero ¿qué digo! ¿Es cierto que los hombres estén dotados de razon cuando deshonran á una mujer por una sonrisa amorosa ó por una palabra siquiera, y cuando hacen traicion á su Dios y á su patriaporn tesoro, por un título ó por un empleo?

Contemplaba D. Luis á aquella jóven con entusiasmo: del éstasis que le causaban las obras del hombre pasaba al éstasis de las obras de Dios, y echando en olvido la Giralda concentraba todas sus facultades en la presencia de la muchacha israelita, que en sus arqueadas cejas, en sus negros ojos, en las entumecidas ventanas de su samaritana nariz, en la espresion voluptuosa y altiva de su semblante y en su resuelto continente mostraba el heroismo de Dina, de Judit y de Débora.

— Escuche V., dijo Inesilla sentándose ligeramente en la cama y haciendo un gesto imperioso para que D. Luis se sentase en la silla: no sabe V. lo que me cuesta lo que voy á decir: cada palabra gravitará sobre mis labios con mas fuerza que el sombrero de plomo de la Giralda; pero tengo necesidad de decirlo, mas que debiera meterme en la boca los carbones ardientes que purificaron la del profeta Isaac... Caballero, continuó diciendo Inesilla tras un rato de silencio, el hombre á quien V. ha herido mortalmente esta noche, D. Pedro de Goya, me ha seducido y deshonrado.

— ¿Qué oigo! exclamó D. Luis.

— Y despues de haberme seducido me ha abandonado, y cuando me he postrado á sus plantas juntando las manos y con los ojos bañados en lágrimas, no para recoger los despojos de mi honor, sino para que me devolviera las pruebas escritas de mi deshonra, las cartas que habia dirigido mi candor y ternura á su mentida pasion... me ha arrojado de sí haciéndome espulsar por sus criados como una vil prostituta, como una despreciable aventurera. Entonces fué cuando juré vengarme á toda costa, y en consecuencia propuse ir cada noche á pasear por el Alcázar cubriéndome con el falso velo de hechicera para clavar el puñal en el pecho de mi pérfido amante, apoderarme de mis cartas, que él llevaba siempre consigo, y rehabilitarme á mis propios ojos borrando los últimos vestigios de mi crédula flaqueza con la sangre de mi seductor.

V. me ha ahorrado este trabajo, caballero, porque su espada vengadora ha castigado á un anante tan perverso como súbdito desleal. Cuando vi caer á D. Pedro de Goya, quise lo primero mostrar el peligro en que estaba V.; pero luego recordé mi venganza, y aprovechándome del desorden me acerqué á D. Pedro para quitarle estas cartas, lamentables archivos de mi afrenta y de mi deshonra. Entre estas misivas amorosas hay algunas puramente políticas que le regalo á V., porque tal vez le serán útiles para defender y acaso vengar á su rey.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, levantóse Inesilla rápidamente, y echando dos cartas sobre la mesa se dispuso para salir; pero D. Luis, que en un cuarto de hora habia ya olvidado los intereses de Felipe V y acaso los de su propia gloria,



Está V. á trescientos piés de altura. (Pág. 10, col. 3.ª.)

se apresuró á decirle:

— ¡Calle! ¿Porqué os marchais tan pronto?

— Porque no puedo detenerme por mas tiempo, porque no lo he dicho todo, porque D. Pedro respira todavía, y en uno de estos momentos que le permite la agonía me ha reconocido. ¡Si temiendo el juicio de Dios pudiese reparar su crimen!... No me atrevo á esperarlo, pero por otra parte me parece que sus ojos me piden perdon... y el confesor puede tambien echar el resto. Adios, caballero, ya lo vé V.; los instantes son preciosos, y es necesario aprovecharlos. Adios: hasta la vista.

Y sin esperar respuesta, la jóven salió del aposento, atravesó corriendo la azotea, y bajó la escalera con la rapidez del rayo siguiendo las vueltas que nadie, por atrevido que sea, contempla sin terror.

Cuando Inesilla estuvo fuera, D. Luis leyó máquinamente las dos cartas dirigidas á D. Pedro de Gova: la una no ofrecia el menor interés, pero la otra, fechada en Badajoz, llamó muy mucho su atencion, porque estaba concebida en los siguientes términos:

«Querido D. Pedro de Gova: Por fin estamos otra vez en España, y os escribo desde la buena ciudad de Badajoz. Hemos regresado de Portugal sin el menor peligro, y esperamos llegar á Madrid pasando por Sevilla con la misma seguridad. Seria sobrado prolijo daros cuenta de la acogida que nos dispensaron en la corte de Lisboa, y así me contraigo á participaros que los asuntos de nuestro amado archiduque marchan muy bien, y que los descendientes de Carlos V se hallan, ahora mas que nunca, en estado de recuperar el trono de las Españas, regalado al nieto de Luis XIV por un capricho ó por un acceso de locura de Carlos II.

«Sí, querido marqués, Portugal parece dispuesto á secundarnos haciendo una saludable diversion en favor nuestro, y esta será una ventaja de mucha cuenta en la guerra interior que hemos adoptado. En esta negociacion espinosa nos ha favorecido mucho milor Galloway, que es una especie de guerrero diplomático y enviado secreto de Guillermo III, rey de Inglaterra, en Lisboa. Este lord está mas empeñado que todos nosotros en humillar á Fran-

cia y á Luis XIV, y sin embargo no deja de ser un francés llamado conde de Ruigny, que en virtud de la revocacion del edicto de Nantes se vió obligado á salir de su propio pais, y que en la actualidad oculta debajo de la casaca encarnada y con un título de par inglés el carácter perverso y el odio profundo que profesa al reino á que recientemente pertenecia. Sabido es cuan implacables han estado siempre los desertores empezando por el antiguo Coriolano, de romana memoria, pues sea que los dirija el fanatismo político, sea que se dejen llevar del fanatismo religioso, nunca sueltan el hacha ó la piqueta para zapar el trono cuyo rigor ó justicia han experimentado. A veces esos gastadores quedan sepultados bajo los mismos escombros del edificio que han derribado; mas es probable que lord Galloway experimente la misma suerte que su amo actual Guillermo III, es decir, que despues de haber destruido el edificio se conserve en equilibrio sobre sus ruinas.

«En suma, el enviado inglés está por nosotros, y esto no solamente es mucho, pero me atrevo á decir que lo es todo.

«Por vuestra parte, querido Pedro, no descanséis en la ejecucion de nuestros patrióticos proyectos; estimulad el zelo de vuestros amigos, intimidad á los tibios, atizad á los ambiciosos y alentad á los leales. ¡Qué se levante la Andalucía entera á una señal concertada para proclamar rey de España y de las Indias á nuestro archiduque Carlos! Sin duda es muy peligrosa la carrera, mas en cambio nos esperan los honores, las dignidades y la gloria.

«Sembrad la inquietud y la desconfianza en el ánimo del pueblo; halagad su imaginacion con alguna *aventura extraordinaria* que produzca poco mal y mucho ruido, y en una palabra, disponedlo todo de manera que en un momento podamos reunir un buen número de amigos ó auxiliares.

«Dentro de tres ó cuatro dias saldremos de Badajoz, visitaremos algunas ciudades de Extremadura, y en seguida nos encaminaremos apresuradamente á Andalucía para estar en Sevilla en 15 de setiembre.

«Adios, querido marqués. No creo necesario recomendaros la constancia, pues harto habeis de-

mostrado que esta prenda no es incompatible con la juventud. Tampoco quiero recomendaros el valor ni la intrepidez, puesto que sois español y pertenecéis á una raza que posee el valor como una virtud hereditaria; pero sí me atrevo á recomendaros la prudencia, porque con ella se forman únicamente los héroes y los grandes hombres.

«Vuestro amigo

D. Sancho de Alava.»

P. D. Acabamos de saber por una carta de Madrid que se ha puesto en marcha un cuerpo de dos mil celadores, que entrará en Sevilla en 9 ó 10 de setiembre. Este cuerpo se pondrá inmediatamente á las órdenes de D. Luis de Almeida, de la casa de Carvajal, que no hace mucho que se estableció en aquella ciudad. Procurad frustrar esta tentativa del ministro de Felipe V previniendo con una *revuelta*, si necesario fuese, la llegada de los celadores, que ponen en riesgo todas nuestras esperanzas. Bueno fuera subir á la Giralda para hacer una señal convenida y reunir á todos los partidarios del archiduque establecidos en el distrito de Sevilla hasta veinte leguas á la redonda. Trabajad sobre todo, pues no hay un instante que perder. Por nuestra parte precipitarémos la marcha para vencer ó morir con vos.

«Badajoz 22 de agosto de 1703.»

Al leer esta carta, D. Luis quedó estupefacto, porque conoció que estaba sobre un volcan. Por ella comprendió todo lo que habia visto en Sevilla desde su llegada, el menoscabo del entusiasmo con que el populacho defendia la causa de Felipe V, la frecuencia con que concurrían á la ciudad los nobles de las cercanías, y particularmente la explosion del almacen de pólvora de la Sagra. El celador creyó de pronto que era preciso abandonar inmediatamente el retiro de la Giralda é ir al encuentro del anunciado socorro para entrar con él en Sevilla; pero la ignorancia en que estaba sobre los acontecimientos de la vispera, y la visita que debia hacerle al otro dia D. José de Mendoza le indujeron á diferir la marcha. No sabiendo que partido tomar entre los muchos y contradictorios proyectos que



Caballero ¿no me reconoce V.? (Pág. 11, col. 2ª.)

formaba, y agitado tal vez por los encantos de la hermosa judía, — porque el amor es la pasión de la juventud y empapa la punta de sus alas en la misma copa de la ambición, — D. Luis entró de nuevo en su aposento, donde continuaba durmiendo el idiota con toda la fuerza de su insensibilidad intelectual.

— Duerme, duerme, pobre muchacho, dijo el celador para sí; porque el sueño suele ser el consuelo y el refugio del hombre cuerdo, y tal vez el paraíso de los desgraciados que no tienen uso de razón.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VIAJES.

Diario de una Institutora en Rusia.

POR LA SEÑORITA MARIA NÉVILLE.

(Continuación.)

Habiéndome establecido en un cuarto amueblado sin lujo, pero con mucho aseó, lo primero que vi fué una imagen de la Virgen pintada en un lienzo, por que los rusos no admiten ningún objeto santo de relieve. Esta imagen estaba rodeada de santos en cuyas testas había muchas lentejuelas de plata y oro, y habiendo observado las mismas imágenes en la mayor parte de los aposentos de la casa, creí que el cura andaba equivocado en lo que me había dicho sobre las creencias de la señora de Napukine. Mis primeras horas de soledad no me inspiraron la tristeza que me había imaginado, porque la paz y la calma de aquel aposento me tranquilizaron, y me pareció que lejos de vivir mucho tiempo como una persona asalariada, sería considerada como perteneciente á la familia. La señora de Napukine me infundió en breve un afecto particular: su voz y su mirada ofrecían una suavidad que se infiltraba en el alma; su semblante, que seguramente había sido muy hermoso, parecía ajado mas bien por el sentimiento que por los años; en su noble y agraciada fisonomía se traslucía un dolor secreto, y en

toda su persona se recelaba un sufrimiento interior á que parecía resignada, pero que debía de ser imposible mitigar.

Mientras anduvimos en el coche, la señora de Napukine me manifestó que sus hijas no estaban á la sazón en San Petersburgo. La mayor era de complexión delicada, y el médico le había aconsejado que fuese á veranear en algun punto de la costa, pero la menor no había querido separarse de su hermana; y no pudiendo salir de San Petersburgo, porque los asuntos domésticos reclamaban su presencia en la capital, la señora de Napukine las había enviado á casa de una parienta suya que residía en Finlandia, adonde debíamos ir á buscarlas dentro de pocos días. No dejé de lisonjearme la perspectiva de este nuevo viaje, porque empezaba ya á habituarme á ellos.

Mientras esperaba la hora de comer determiné escribir á mi viejo tío y al buen cura para participarles mi feliz llegada. A las cuatro se presentó Catinka, que así se llamaba la criada rusa, manifestándome por señas que me estaban esperando para comer.

La señorita de Napukine estaba en el salon con su hermano, y al verme le dijo:

— Querido Apóstol, os presento nuestra jóven francesa, que ha de ser la institutriz y la amiga de mis hijas.

— Bien venida seas en nuestro país de bárbaros, dijo el tío de mis discípulas; harémos lo posible para que no echeis de menos á Paris.

M. Apóstol Nestucheff era un viejo sexagenario, de estatura baja, muy locuaz y mas petulante. Llevaba un traje que en 1820 había sido seguramente de moda, porque en aquel tiempo había hecho á Paris un viaje de que hablaba con frecuencia; afectaba las formas y las espresiones de la antigua galantería, y ocultaba con una falsa modestia, como la mayor parte de los rusos, el orgullo nacional mas violento que sea posible imaginar.

— ¿Qué harémos de esta muchacha, dijo la señora de Napukine acariciándome con aire maternal, hasta el día que iremos á Finlandia? La que sale de su país y del seno de su familia no puede estar muy alegre, y por consiguiente es preciso distraerla.

— Es verdad, hermana mía; la juventud es curiosa; por lo que podemos mostrarle las curiosidades de la capital.

— Sí, tú quedas encargado de mostrárselas; ¿no es verdad? pues aunque eres naturalmente galán, conozco tus principios, y sé que se te puede confiar una señorita, aunque sea hermosa.

— Con mucho gusto, dijo Apóstol; pues aunque una parisiense no puede hacer mucho caso de los monumentos de una ciudad tan pobre como San Petersburgo, no hay mas remedio que mostrarle lo que hay. Sino os parece mal, de pronto iremos á ver la guardia, porque precisamente mañana se ha de celebrar una gran revista, y en ella podrémos ver al czar: así procurad estar dispuesta mañana á las diez, pues el emperador siempre tiene prisa, y acaso no quisiera esperarnos.

Prometí ser exacta, y al otro día, cuando me manifestaron que M. Apóstol Nestucheff me estaba esperando, hacia rato que me hallaba ya dispuesta.

II.

Verdaderamente magnífico y pomposo es el espectáculo de una revista de la guardia imperial en San Petersburgo. Un ejército entero se halla reunido en el campo de Marte: los mujicks, con su sombrerito empenachado con una pluma de pavo real, se muestran en la inmensa plaza dando el brazo á sus mujeres, adornadas con sus mejores vestidos y con su mas brillante kakoschnich, y en los balcones y ventanas se asoman una multitud de señoras á cual mas hermosa y ataviada; pero mientras estaba yo contemplando alternativamente las casas y la plaza, los señores y la gente del pueblo, sin que mi curiosidad se diera nunca por satisfecha, di de repente un salto en el asiento del coche desde donde estaba observando aquel inmenso panorama circular que se ofrecía á mi vista. Acababa de oírse el redoble de mil tambores á la vez, al que sucedieron todas las músicas de los regimientos, y á través de aquel trueno metódico no se percibía mas que un grito compuesto de cien mil voces: «Viva el emperador!»

Acababa de llegar el czar á galope y á la frente

de su estado mayor. El emperador pasó cerca de nosotros envuelto en un torbellino de polvo, y fué á colocarse en el mismo centro del campo de Marte, delante de un grupo formado de los príncipes de su familia, de las dignidades superiores, de los oficiales de la corona y de los generales á quienes se había convidado para aquella ceremonia.

Apenas se hubo presentado el emperador, formáronse las tropas para verificar el desfile. M. Apóstol Nestucheff estaba henchido de entusiasmo, y constituyéndose mi cicerone para enterarme de lo que yo no alcanzaba por falta de conocimientos militares, dijo:

— Estos son los regimientos de infantería; hay acaso un uniforme más marcial que esa casaca azul y encarnada por el pecho, ó más imponente que ese casco cabelludo? Observad la coraza de oro y de acero bruñido que llevan los caballeros guardias sobre su blanca túnica. La caballería que ahora está desfilando es la de coraceros, azules y blancos, seguidos de los dragones de la guardia, de los lanceros y de los húsares encarnados: todos los caballos son de la misma alzada y de igual color, y la misma uniformidad presentan los regimientos cosacos que hacen reflejar los rayos del sol allá á lo lejos con sus largas lanzas.

Avanzó en seguida un cuerpo de caballería que llamó mucho mi atención así por su traje como por sus armas. Aquellos ginetes montaban unos caballos pequeños y briosos manejados con mucha destreza y facilidad; llevaban un casco de hierro acerado, con una túnica corta y de color de escarlata, encima de ella una cota de malla, y á la espalda un carvaj lleno de flechas; empuñaban un arco, y la cola de los caballos, que se arrastraba hasta el suelo, estaba teñida de rojo.

— ¿Qué ginetes son esos? pregunté á mi guía.

— Es el escuadrón circasiano, compuesto exclusivamente de príncipes que sirven de rehenes á Rusia. Este escuadrón forma parte del regimiento mahometano, que se compone de cuatro, ¿no es verdad que es una tropa muy bonita? Pero á propósito ¿habéis observado el regimiento de infantería Paulowski, que lleva una especie de mitra colorada y ribeteada por delante con una plancha de cobre de roseta? Si hubieseis reparado en aquellos cascos, hubierais visto muchos abollados por las balas. Los soldados de aquel regimiento se transmiten mutuamente aquellos cascos centenarios, que por cierto los honran mucho. Tampoco habreis dejado de distinguir el casco negro de los dragones de la guardia, por la pluma trasversal y por la punta de paño colorado que flota á la espalda: el uso del casco se tomó de la caballería de Federico II, y siempre ha conservado la misma forma.

Cuando las tropas hubieron desfilado, el emperador salió del campo de Marte á las aclamaciones de la muchedumbre, que hincaba las rodillas á su paso.

— ¿Qué tal? me preguntó M. Nestucheff ¿qué os parece de nuestro emperador?

— Me ha parecido de gallarda presencia, le respondí, pero no he podido distinguir sus facciones.

— Ya tendreis ocasion de verle uno de esos días, porque el emperador Nicolás es aficionado á pasearse como simple particular por las calles de su capital, á fin de verlo todo por sus propios ojos y dedicarse personalmente al bien estar de sus súbditos. Yo, yo mismo le he visto varias veces ocupado en tomar las precauciones que requiere la llegada del invierno en una ciudad como San Petersburgo. Habiendo ocurrido algunas desgracias, ocasionadas por la caída de los canelones, el emperador anda por las calles para ver si se cumplen las órdenes que da para que los quiten, y aunque podría creerse que la política y la administración civil y militar no le dan tiempo para dedicarse á otros asuntos, el hecho es que su atención alcanza los más insignificantes pormenores. A él nos dirigimos nosotros los nobles cuando pedimos pasaporte para pasar al extranjero; él es quien fija la duración del tiempo que pueden durar nuestros viajes, él es

quien ha redactado el ukase que determina exactamente la medida de la palmeta que usan los maestros para castigar á los muchachos. ¿Qué hombre! todo quiere verlo personalmente: no se ejecuta ninguna sentencia de muerte ó de destierro sin que el emperador examine primeramente la causa. Un paisano mío fué condenado á la deportación, y en el párrafo que disponía los términos en que debía verificarse el viaje había estas palabras; *A pie*, escritas del mismo puño del emperador. Esto yo lo vi, y si ahora tocasen á fuego, aunque fuese á media noche, el emperador se levantaría inmediatamente de la cama y se presentaría de los primeros en el teatro del incendio.

El entusiasmo de M. Nestucheff iba subiendo de punto cuando hablaba de su soberano, y yo me abstenia de interrumpirle, porque todos aquellos pormenores me interesaban mucho.

— En Francia y generalmente en todos los países extranjeros no conocen el verdadero carácter de nuestro emperador, añadió M. Nestucheff: su hermano Constantino decía que el ejercicio de la lectura embrutece, mas el emperador, al contrario, ha querido cultivar su talento, y á fuerza de estudio ha llegado á ser matemático, arquitecto, músico y aun teólogo. Esto os parecerá ridículo seguramente, pero la teología no puede ser inútil á un hombre que acumula los cargos de rey y papa. También hace versos y muy buenos, aunque en este punto nos hemos de contraer á lo que dice el poeta Nestor Kukolnich, de quien ha sido colaborador.

Confesad, continuó diciendo M. Apóstol, que es necesario ser un grande hombre para desempeñar como nuestro emperador el cargo de autócrata y dar impulso y vida con su sola energía á la máquina del estado. Vuestros soberanos son unos reyes verdaderamente holgazanes en comparación del nuestro, porque el emperador Nicolás no está nunca ocioso: él visita las mas apartadas provincias del imperio, él pasa revista á los ejércitos y á las escuadras, él examina las fortalezas, él levanta los planos de las carreteras y de los canales, él vigila personalmente la ejecución de todas las obras públicas; en una palabra, el cargo de autócrata para él es un trabajo verdaderamente bereúleo, sin que por esto se haya menoscabado nunca la robusta salud de nuestro emperador, porque Nicolás I nació en 1796, y aunque por consiguiente lleva ya cincuenta y ocho años bien cumplidos hoy 1 de julio de 1854, no le echariais cincuenta ¿no es verdad?

Mientras iba paseando de bracero con M. Nestucheff, pasamos por delante de un palacio sombrío, desierto y abandonado. — Este es el palacio Miguel, me dijo, donde habitaba Pablo I. — Y donde fué ahogado por Pahlen y sus cómplices, mientras su mujer y su hijo estaban en un aposento donde podían oír los gritos de la víctima.

M. Apóstol dió un nuevo giro á la conversacion mostrándome la estatua de Suvarow, que se levanta en las orillas del Newa, á la entrada de una plaza arenosa por donde á la sazón pasábamos. — Ahora, me dijo M. Nestucheff, vamos á la fortaleza de San Petersburgo, y si quereis entraremos en la casa donde vivía Pedro el Grande. Esta casa era el humilde taller de un artesano. Al penetrar en la capilla donde había trabajado el czar, santiguóse devotamente M. Nestucheff, y luego entró en el taller mismo, donde se muestra una lancha construida por el mismo czar con algunas de sus propias herramientas. Los rusos profesan un respeto verdaderamente religioso á todos aquellos objetos, cuya custodia queda á cargo de un inválido, porque los veteranos en todas partes hacen de guardas ó porteros, y así es que al llegar á la puerta de cualquier monumento ó establecimiento público, nunca deja de presentarse un soldado viejo embolsado en una holgada capa de lana, para recibir á los curiosos. Desde el museo nos dirigimos al dormitorio de Pedro el Grande, que sin duda parecería demasiado humilde á un jornalero moderno.

En saliendo de la casa de Pedro el Grande fuimos á la fortaleza. Este monumento no lle-

va mas que un siglo y medio de existencia, mas apesar de este breve trascurso de tiempo han tenido que repararse dos veces sus cimientos de granito, deteriorados por la acción de la humedad y del frio, porque en un clima tan riguroso las piedras mismas se descomponen mas fácilmente que en nuestros países. La fortaleza comprende dos partes, que son la cárcel y la iglesia, pero la primera no se muestra á nadie. Los calabozos están situados debajo ó arriba de la ciudadela, y siempre se hallan atestados de presos.

Todos los soberanos que ha habido en Rusia desde Pedro el Grande están sepultados en la iglesia de la fortaleza. Los czares descansan al lado de sus victimas, como si quisieran custodiarlas aun después de la muerte, y aunque no dejaba de repugnar-me la idea de elegir la sepultura en una cárcel, no quise ofender á mi guía comunicándole una impresión semejante, aunque tal vez no me hubiera comprendido siquiera. Preguntéle si habia en San Petersburgo alguna iglesia ó capilla católica, y me respondió:

— No mas que una, y es la del convento de dominicos, situada en la Perspectiva-Newsky, que se distingue entre las mejores de la capital. Dicen que nuestro emperador es intolerante; pero ya veis como se ha abstenido de espulsar á los monjes, aunque no dejan de ser algo peligrosos, por la necesidad inmoderada que tienen de propaganda los curas católicos. Ahora entraremos en su iglesia; pero primeramente quiero acompañaros á la basílica de San Alejandro Newsky, que hallaremos al paso. En ella existe la tumba del glorioso mártir, que consiste en un altar de plata maciza sobre el cual se levanta una pirámide del mismo metal hasta la cúpula de la iglesia; ¡oh! estoy seguro que no hay en Paris otra tan preciosa.

Considerada aquella tumba como objeto de lujo, M. Nestucheff llevaba sobrada razon, mas este lujo tiene un no sé que de bárbaro que asombra sin mover el corazón, como debiera hacerlo un objeto de piedad y de arte.

Entré luego en la iglesia de los dominicos, no precisamente para contemplarla, como que no ofrece nada notable, sino para rezar un rato, mientras mi guía me estaba aguardando á la puerta. En el acto de levantarme vi que en la losa funeraria habia dos nombres: el uno es el de Poniatowski, rey de Polonia, y el otro el del general Moreau.

Propuse en seguida que nos retirásemos, porque estaba cansada; pero acordando al mismo tiempo, que al otro día M. Nestucheff me acompañaría á las islas.

Estas forman el barrio aristocrático de San Petersburgo. Hay un espacio inmenso que en invierno está cubierto de agua, pero que en estío queda enjuto por un prodigio de la industria; este espacio se divide en islotes separados por otros tantos canales, por donde los ciudadanos suelen pasear en góndolas, y en aquellos islotes hay varias casas de campo, kioscos y palacios donde viven los señores mas poderosos de Rusia. En aquellos campos Eliseos moscovitas hay tambien un pabellon para la emperatriz, y para ir á ellos hay unos caminos muy bien contruidos y unos puentes magníficos echados sobre el mismo mar.

En aquel sitio, lo mismo que en todos los puntos de la campaña de San Petersburgo, no hay otros árboles que pinos y abedules; pero los rusos procuran sustituir el lujo de la frondosidad con el lujo de las flores, y por esto consideran como bosques los invernaderos. Los habitantes de San Petersburgo están muy envanecidos de aquella especie de jardín inglés conquistado al cieno del Newa como una Venecia campestre. Yo no podía menos de admirar el lujo y la ligera elegancia de aquellas habitaciones por cuyas ventanas se descubria un ajuar tan suntuoso como rústico, porque tambien puede haber lujo en el seno de la rusticidad, mas al propio tiempo me imaginaba la nieve y el hielo que debían cubrir en dos meses aquellos prados artificiales y deliciosos cuadros, como tambien el sedimento que arroja el deshielo en aquellos frágiles balcones y en las

esbeltas columnatas de aquellos pabellones y que-
ras. La buena estación empieza en las islas á me-
diados de junio, y entonces el vecindario de San
Petersburgo se abandona á las delicias campestres
de costumbre; mas á fines de agosto se ve forzado
á tomar los muebles, echar las macetas de flo-
res en una carreta y encaminarse de nuevo á la
ciudad, dejando almacenadas en un cobertizo has-
ta la primavera siguiente, las piezas con que se ar-
man los pabellones, si es que pueda darse el nom-
bre de primavera á los dos ó tres meses que com-
ponen no solamente la primavera, sino también el
estío y el otoño de Rusia.

En el acto mismo de nuestra llegada, la empe-
ratriz, que había salido de su habitual residencia
de Peterhof para pasar algunos días en su pabellón
de las islas, acababa de desembarcar del esquife im-
perial y cruzaba la muchedumbre de curiosos que
se hallaban reunidos en la playa para presenciar el
desembarco. La zarina debió de ser muy bonita
y agraciada en su juventud, mas en el día los mu-
chos barros de su rostro no le han dejado un solo
resto de su antigua belleza. La princesa Luisa Car-
lota, hija de Guillermo III, rey de Prusia, y herma-
mana del monarca reinante, contrajo matrimonio
con el emperador Nicolás, á la sazón gran duque,
en 13 de julio de 1817, y, con arreglo á la cos-
tumbre rusa, trocó su nombre por el de Alejandra
Fëdorowna. En 29 de abril de 1818 dió á luz un
príncipe, heredero presunto de la corona, que re-
cibió en el bautismo el nombre de Alejandro; mas
el parto de la gran duquesa Alejandra Fëdorowna
no estuvo exento de peligros, y por esto el gran
duque su marido, cuando vió salvada á su mujer,
escribió al metropolitano de Moscú una carta que
todos los rusos ortodoxos guardan en la memoria y
en la que se manifiesta la satisfacción del afortunado
padre y esposo.

La princesa que á tantos temores había dado
márgen, ha ejercido constantemente un influjo sa-
ludable en el ánimo de su esposo. No falta quien
diga que algunas otras mujeres le disputaron la
atención de su marido, pero no admite duda que es-
te le ha dedicado siempre la mas completa estimación
y respeto, siendo igualmente muy cierto que en todas
las circunstancias graves ha mostrado la princesa la
mas completa lealtad conyugal. Cuando ocurrió la su-
blevación militar al advenimiento del emperador Ni-
cólas, el nuevo czar no quiso combatir á los insur-
gentes reunidos en la plaza de Isaac sin dirigirse
primeramente con su mujer á la capilla de palacio,
donde rezó con ella para inpetrar del cielo la sal-
vación del imperio.

Todos estos pormenores, como se deja ver, los
debo á la erudición y cortesía de M. Apóstol Nes-
tucheff, erudición y cortesía verdaderamente infatigables
cuando se trata de los soberanos y del im-
perio de Rusia. M. Nestucheff admira estos objetos
con un verdadero entusiasmo y aun fanatismo, pero
su fingida modestia no me alucinó por mucho tiem-
po, porque, según me parece, no puede alucinar
á nadie.

Esta mañana nos estaba esperando á la puerta
un coche tirado por cuatro caballos de frente con
arreglo á la costumbre rusa, porque hoy es el día
fijado para ir por tierra á Helsingfors. Dentro de
pocos días conoceré á mis dos alumnas, y en ver-
dad lo deseo con impaciencia, no ciertamente por
curiosidad, sino para dejar esta especie de vida
festiva y trabajar seriamente. El trabajo es para mí
la distracción mas apetecible, porque consuela y
fortifica.

Con nosotros viene Duchinka y un campesino
ruso muy corpulento, que es ayuda de cámara de
M. Nestucheff. Así la una como el otro se sostie-
nen con dificultad en la trasera: el cochero va en
el pescante, porque en Rusia no suele haber pos-
tillones, y puedo asegurar que solamente los niños
desempeñan este cargo. No se crea sin embargo
que por esto sea menos rápido nuestro viaje, pues
con solo meter mano en un saco donde hay los ocho
rendajes de los caballos, el cochero los maneja con
una destreza en realidad sorprendente, y volando

como una especie de huracán encima de los rodi-
llos de las calles de la capital hemos salido al cam-
po en un momento. Por primera vez observo las
casas de los campesinos, que por la mayor parte
ofrecen un aspecto humilde y desgraciado, aunque
no deja de haberlas que respiran cierta comodidad.
El campo no tiene nada lisongero, como que con-
siste en una llanura inmensa, monótona y seme-
jante á la que había visto desde la cubierta del bu-
que.

En Rusia no hay mas casa de postas que las po-
sadas, donde se detienen los viajeros para com-
er. En la primera estación me han contado una
anécdota muy conocida en toda la Rusia, pero que
es digna de nuestra atención, porque el objeto
de ella es un francés. Aquí, me dijo M. Apóstol,
se comen esas famosas chuletas á la francesa, de
que seguramente habeis oído hablar, puesto que
las ha dado á conocer un paisano vuestro.

Hace unos cinco años que entré en esta casa un
viajero, que se hizo disponer un banquete muy
opíparo.

Llegado el cuarto de hora de Rabelais, presen-
tásele el posadero con la cuenta.

— Compadre, le dijo el viajero, ya os entien-
do; pero por desgracia no tengo blanca. Sin em-
bargo puedo haceros un favor inmenso.

— ¿Cuál?

— Me habeis traído unas chuletas detestables,
pero yo os enseñaré el modo de asar chuletas á la
francesa. Por cierto que es un secreto que no he
querido divulgar á nadie, ni aun al cocinero del
príncipe Menschikoff, que me habría henchido de
oro para saberlo.

El posadero, que en el fondo era un hombre
muy campechano, aceptó la oferta que se le hacía
en cambio de la cuenta, que no dejaba de importar
algunos rublos.

Al otro día, por una casualidad extraordinaria,
ocurrió una desgracia con el coche del emperador,
que se dirigía al Báltico, precisamente en este
mismo sitio. El czar quiso almorzar en esta po-
sada, y ya podeis conocer cuáles serian los apu-
ros del posadero, porque ¿de dónde había de sa-
car un almuerzo digno de tan encumbrado hués-
ped? En vano examinaba su repertorio culinario,
porque ningún plato le parecía digno de la situa-
ción, mas el emperador tenía hambre, lo mismo
que sus dos ayudantes de campo... De repente el
cocinero lanza un grito de triunfo, pues acaba de
ocurrirle la idea de las chuletas á la francesa.

El emperador se sentó á la mesa con sus ayu-
dantes de campo, y habiéndole gustado mucho las
chuletas, anunció que á la vuelta se detendría
igualmente en aquella posada para comer otras.
La noticia de aquella aventura cundió rápidamente:
todos los personajes mas distinguidos deseaban com-
er chuletas como las que habían tenido la honra
de gustar al autócrata, y los principales señores fue-
ron á visitar al posadero, que por medio de las
chuletas se enriqueció en poco tiempo dejando el
secreto y la clientela á su sucesor.

No negareis que esto es lo que se llama hacer
fortuna á muy poca costa.

M. Apóstol estaba concluyendo de referir esta
anécdota cuando nos trajeron las famosas chuletas;
mas aunque mis conocimientos culinarios no son
muy profundos ni muy variados, me ha parecido
que las chuletas que tanto halagaron el paladar del
emperador, son muy semejantes á las que se sirven
en los *restaurants* con el nombre de chuletas á la
gitana y que se cuecen entre dos lonjas de jamón.

Por la tarde nos ocurrió una desgracia parecida
á la del emperador, como que también nos obligó
á detenernos; pero no poseyendo los medios de que
disponía el autócrata para hacernos obedecer, nos
vimos obligados á permanecer en la posada hasta
el día siguiente para reparar el coche.

En un cuarto de esta casa de postas he comen-
zado á escribir el presente diario. En los climas
polares, en esta época del año, las noches no son
otra cosa que una prolongación del día; y así es

que á media noche distinguía los objetos del campo
lo mismo que en la mitad del día. No teniendo sue-
ño ni libro alguno en que leer, ocurrióme la idea
de escribir la relación de mi viaje desde el punto
que salí de la casa de mi tío, y aunque á veces he
suspendido mi trabajo por espacio de muchos me-
ses, al fin he concluido siempre por continuarlo,
y esta ocupación me ha proporcionado un consuelo
inefable.

(Se continuará en la siguiente entrega.)

VARIEDADES.

Ciudadanos Honrados.

Por V.

Atendiendo á la comodidad en que viven los habitan-
tes de las ciudades en comparación de los lugareños ó
campesinos, dióse generalmente el nombre de ciudada-
no en Aragón, en Cataluña, en Mallorca y en Valencia á
las personas que no ejercían oficio alguno, porque les
bastaba con el producto de su renta para vivir. En los
tiempos inmediatos á la expulsión de los moros solía
tratarse con distinción á las personas que no ejercían
ningún oficio, porque en ellos se ocupaban casi exclu-
sivamente los esclavos y los moriscos, como sucedía
antiguamente en Esparta y aun en Roma, donde las ar-
tes mecánicas y la medicina misma quedaban abandonadas
á los esclavos, y por esto comenzó á darse el título
de ciudadano honrado á los individuos que por sus co-
nocimientos especiales ó por la importancia de sus rentas
podían prescindir de los trabajos manuales y aspirar á
los empleos del gobierno económico, ó de la adminis-
tración de justicia, pues no se consideraba como muy
honrados á los moriscos ó plebeyos que por su falta de
recursos materiales se hallaban obligados á dedicarse á
los trabajos mecánicos ó se veían espuestos á hacer uso
de ciertos medios inmorales para atender á su subsis-
tencia.

Si consultamos los fallos de la audiencia y las obras
de los juriconsultos de Cataluña, hallaremos que ya
antes del establecimiento de las matrículas ó inscric-
ciones se daba el título de ciudadano honrado á los que
vivían de sus propias rentas, y que la constitución de
D. Jaime II en las cortes celebradas en Gerona en 1321
es la primera que llama *honrados* á los hombres de ciu-
dad y de villa, pues así llaman también á los ciudadanos
y burgueses las leyes de Cataluña. Algunos han creído
que el adjetivo *honrado* indicaba una nobleza feudal, y
fundan su opinión en el sentido de la palabra *honor*, que
significa nobleza; pero este es un error muy grave,
porque desde el año 1321, que fué cuando se promul-
gó la constitución indicada, dejó de conferirse la noble-
za por medio de los feudos, y sustituyéndose en su lu-
gar los privilegios espresos, y luego la palabra *honor*,
como observan Ducange y Carpentier, no solamente
significa nobleza ó feudo, sino también una posesión en
general. Marquilles dice que en Cataluña todos los bienes
inmuebles se llamaban *honores*, y lo mismo observan los
demás comentadores de la costumbre feudal y de las
constituciones de Cataluña; pero no debe creerse que la
palabra *honrado* fuese sinónimo de *honorable*, porque
la primera se aplicaba á los ciudadanos distinguidos, co-
mo hemos dicho, al paso que la segunda se aplicaba al-
guna vez á personas de la ínfima plebe, y la razón de
esta diferencia consiste en la significación genuina de los
dos adjetivos, porque *honrado* significa propietario de
bienes raíces, y la calidad de *honorable* se refiere única-
mente á la hombría de bien.

En tiempo de la república romana y luego en la época
de los emperadores se calificaba de *honorati* á los que
ejercían alguna autoridad ó habían obtenido cargos pú-
blicos, y por esto los edictos de los pretores se llamaron
derecho *honorario*; pues á estos magistrados se les daba
por excelencia el título de *honrado*.

La población de que se componían los municipios y las
colonias se dividía en tres clases, á saber: *decuriones*,
honrados y poseedores, pues también adquirían el título



Vista del campo de Marte en San Petersburg (Pág. 13, col. 3ª.)

de honrados los duumvros que administraban justicia en las mismas colonias, y particularmente en Barcelona, que era una de ellas.

La costumbre moderna ha abolido la calificación de honrado en el sentido que se le daba antiguamente, y á los ciudadanos así llamados ha sucedido la clase media propiamente dicha.

PAPAS ESPAÑOLES.

San Dámaso.

por V.

San Dámaso era hijo de un español llamado Antonio, que se había establecido en Roma, y que fué sucesivamente lector, diácono y presbítero en la iglesia de San Lorenzo, y por esto algunos autores, entre ellos el conde A. de Beaufort, consideran como probable que san Dámaso era natural de Roma. Cuando fué desterrado Liberio en 355, san Dámaso, que era diácono de Roma, se obligó por juramento con el resto del clero romano á no reconocer otro papa mientras viviese Liberio, y aun siguió á este á Berea, donde vivió algun tiempo con él. Cuando se restituyó á Roma, sus enemigos dieron en suponer que había abandonado á Liberio para reunirse con el antipapa Felix II, que posteriormente fué confirmado como verdadero papa, y aun llegaron al extremo de atribuirle las revueltas populares que agitaron á Roma durante tres dias; mas en 381 el concilio de Aquilea atribuyó aquel tumulto á Ursino, y san Gerónimo refiere que cuando Ursino se hizo ordenar obispo por una muchedumbre sediciosa, san Dámaso había sido ordenado ya en la basílica de san Lorenzo. Como quiera, Ursino fué desterrado con dos diáconos y siete presbíteros por el prefecto de Roma, y habiéndole sustraído sus partidarios á la fuerza armada, le condujeron á la basílica de Liberio, llamada Sicina y posteriormente Santa María la Mayor, pero los partidarios de san Dámaso, exasperados por aquella violencia, tomaron igualmente las armas, pusieron sitio á la basílica y acabaron por incendiarla causando la muerte á ciento treinta y siete personas

de ambos sexos. El prefecto de Roma salió precipitadamente de la ciudad, porque los sediciosos le creían del partido de Dámaso, y tres dias despues los ursinianos se presentaron en la basílica de Liberio pidiendo á voz en grito que se celebrase una reunion de obispos para dirimir la contienda. La historia no manifiesta de una manera positiva si esta reunion se celebró efectivamente, pero lo cierto es que san Dámaso triunfó del partido de Ursino, y que este fué definitivamente desterrado.

Un año despues el emperador Valentiniano, á instancias de los arrianos, que reconocian á Ursino por jefe, le dió permiso para regresar á Roma, pero, segun parece, su presencia en esta capital dió origen á nuevas discordias, como que dos meses despues de su llegada fué nuevamente desterrado. Entonces san Dámaso convocó un concilio que condenó á Ursino, á Valente y á todos los que seguian su doctrina, y es muy probable que á sus reiteradas instancias espidió el emperador aquella famosa ley que prohibia á los eclesiásticos visitar con frecuencia á las viudas y á las huérfanas, pues en aquel tiempo la corrupcion del clero romano ofrecia el espectáculo mas escandaloso.

Los cismáticos continuaron posteriormente promoviendo revueltas, y no obstante las disposiciones de Valentiniano, los luciferianos y los donatistas conservaron en Roma dos obispos por mucho tiempo. El advenimiento del emperador Valente, á quien su hermano habia conferido el gobierno de oriente, aumentó las calamidades de la iglesia romana, por haberse constituido protector de los arrianos; pero su sucesor y sobrino Graciano promulgó una ley que establecia la libertad de cultos, y en 379 prohibió á los herejes la propagacion de sus errores.

San Dámaso tuvo que combatir casi constantemente contra los esfuerzos de los cismáticos, que siempre reproducian sus sediciones, y aprovechó los pocos instantes que le dejaba libres la administracion de los asuntos públicos para dedicarse al estudio de las letras. Contrajo una amistad muy íntima con san Gerónimo, que le servia de secretario, compuso varias obras, entre ellas un tratado contra los luciferianos, y durante los últimos años de su pontificado tuvo que hacer un nuevo esfuerzo con-

tra el paganismo. Los senadores paganos presentaron una solicitud para que se les permitiese restablecer en el senado el altar de la Victoria, pero san Dámaso, á nombre de los senadores cristianos, protestó contra aquella demanda; y aunque el prefecto de Roma apoyaba á los primeros, al fin se vió en la necesidad de implorar la proteccion del papa, porque se le acusaba de haber maltratado á los cristianos, y por consiguiente su influjo no surtió el efecto que esperaban los paganos.

San Dámaso murió en el mes de diciembre de 384 á los ochenta años de edad y á los diez y ocho de reinado. Fué aficionado á la poesia y á las nobles artes, é hizo reedificar la iglesia de San Lorenzo; el concilio de Calcedonia le llama *honor y gloria de Roma*, y la iglesia enalteció sus virtudes continuando su nombre en el catálogo de los santos.

MÁXIMAS.

La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa. — *Proverbio castellano.*

Poco piensa en su deber el que piensa mucho en la buena mesa. — *Platon.*

No son tan funestos el naufragio ni la muerte como los placeres contrarios á la virtud. — *Fenelon.*

La vida de este mundo no es mas que un juego y un pasatiempo: la verdadera vida es la del otro mundo. — *Alcoran.*

Nunca asocies á Dios otras deidades, porque la idolatria es la mayor iniquidad. — *Lokman.*

El que no enseña un oficio á su hijo, le enseña á ser ladrón. — *Proverbio árabe.*

En las horas de ocio, los mejores compañeros son los buenos libros. — *Id.*

Luego que has soltado una palabra, esta te domina; pero mientras no la has soltado, tu eres su dominador. — *Id.*

LIBRERIA DE J. VERDAGUER, RAMBLA, nº 5.

Imprenta de J. Oliveros y M.